

garbe. *Libro del conde Partinuplés. Historia de la reina Sevilla. La crónica del noble cavallero el conde Fernán Gonçales. La espantosa y admirable vida de Roberto el Diablo.* Y en el segundo: *Libro del rey Canamor. La historia de los dos enamorados Flores y Blancaflor. La corónica de los nobles cavalleros Tablante de Ricamonte y de Jofre. La historia de la linda Magalona. La Doncella de Francia. Historia del emperador Carlo Magno y de los doze pares de Francia. Historia del noble cavallero París y de la donzella Viana.*

Todo el mundo recuerda que Santa Teresa confesó —imagino que con cierta nostalgia reprimida— haber leído muchas historias de caballerías en su juventud. Pero quien realmente universalizó estas historias fue Cervantes al escribir su *Quijote* como reacción frente a las locuras caballerescas. Las novelas de caballerías fueron el equivalente de los *best sellers* modernos: fueron leídas con fascinación e impregnaron la imaginación popular —y culta— desde los siglos XII (con Chrétien de Troyes) hasta el XVI.

Las novelas de caballerías son, esencialmente, obras de fantasía y de imaginación desbordada. Como dice Nieves Baranda en su prólogo, estas obras son un «medio por el que satisfacen el ansia de evasión de la cotidianidad. Las amenazas de los turcos o los musulmanes se superan en estas obras a través de valientes paladines siempre vencedores; el aburrimiento y la rutina, con la libertad de sus protagonistas. Es curioso que en una época en la que la mayoría de la gente nacía y moría en el mismo lugar sin haber salido nunca de él, la narrativa encuentre en el motivo del viaje uno de los recursos fundamentales». Lugares reales pero mitificados: Constantinopla, París, Nápoles, Alejandría. Caballeros y cruzadas contra los infieles, exaltación (influjo sin duda de la tradición de los trovadores) de la dama como criatura única y excelsa: la dama que otorga sentido a las batallas y a las aventuras sin límite de los caballeros. La novela de caballerías es un viaje continuo ya que éste suscita la aventura, la posibilidad de encontrar desafíos a la voluntad heroica.

La estructura de estas obras es sencilla, lineal, llena de recursos mnemotécnicos para que el lector supiera en todo instante por dónde andaban los entuertos y sus desfacedores.

Gracias a estos dos volúmenes podemos viajar a una Edad Media fantástica y amable, aún no tocada por el lecho procusteo del contrarreformismo. Las obras están ordenadas cronológicamente, basándose el texto en la primera edición conservada, salvo cuando el deterioro del ejemplar no lo ha permitido.

Democracia (El viaje inacabado, 508 a. C.-1993 d. C.), Bajo la dirección de John Dunn, Traduc. de Jordi Fibla, Ed. Tusquets, Barcelona 1995.

Este volumen recoge trabajos de varios especialistas en la historia de las ideas políticas: Simon Hornblower, Cynthia Farrar, G.E.R. Lloyd, Quentin Skinner, David Wootton, Gordon S. Wood, Biancamaria Fontana, Charles S. Maier, Neil Harding, Sunil Khilnani, Susan Mendus, Neal Ascherson, Santos Juliá (trabajo encargado especialmente para la edición española) y John Dunn.

El modelo político que más éxito ha tenido en la modernidad es la democracia. Inventada hace dos mil quinientos años en la ciudad-estado de Atenas como respuesta ante las múltiples y continuadas dificultades políticas locales, no tuvo mucho éxito y de hecho desapareció (dos siglos más tarde) del pensamiento político pero, sobre todo, de la realidad social hasta finales del siglo XVIII. Este rico volumen estudia tanto ese origen como las vicisitudes de esta concepción política. Es curioso que esos dos siglos de democracia griega sean los que han visto el gran florecimiento del pensamiento y de la ciencia que iba, también, a alimentar las concepciones más universales que conocemos. John Dunn, profesor de la universidad de Yale, tal vez exagera un poco cuando dice que «la historia de la democracia se nos muestra intensamente dramática, unas veces estimulante y otras escalofriante». Es cierto que la democracia no es una panacea y que en ella se expresa lo mejor y lo peor, aunque siempre tratando de ajustar a derecho esa tensión entre lo uno y lo otro. Lo escalofriante viene de que un pueblo puede elegir democráticamente a un Adolf Hitler (mayoría no es verdad), pero lo que hay que recordar es que Hitler no llevó su mandato democráticamente sino como un dictador, subvirtiendo la democracia al eliminar la posibilidad de la

rectificación y de la crítica. Uno de los males de la democracia es que hay una cierta superstición en la noción de la mayoría (no siempre acierta, etc.), pero esta mayoría está sujeta a controles parlamentarios, oposición y a la revisión cada cuatro o cinco años. El error, si lo es, está sujeto a la vigilancia y a la brevedad... Dunn no cede a lo «escalofriante» y nos recuerda que el tono de la democracia radica en «su capacidad de domeñar la vida de una comunidad humana». La democracia expresa la vida de una sociedad sometida a voluntad: el destino, en este sentido, no nos viene de fuera sino que tiene que ver con nuestros deseos. Esto es así teóricamente, pero lo cierto es que votamos (la cifra de nuestra voluntad) otorgando a ciertos poderes la representación de nuestra voluntad. Esta obra analiza tanto la ingenuidad de creer en la democracia como panacea como la hostilidad arraigada hacia la democracia que también implica una cierta ingenuidad hacia algún otro agrupamiento humano.

Detrás del escándalo político. Fernando Jiménez Sánchez, Ed. Tusquets, Barcelona, 1995.

El origen de este libro es una tesis doctoral presentada en 1994. Trata de un tema que nos es muy actual a los españoles, pero que tiene sus primos en Italia, Francia y otros países (democráticos). Los escándalos políticos suelen darse en las democracias; en las dictaduras son injusticias que se padecen en silencio. Todo el mundo tiene presente los casos Guerra, Prenafeta; Naseiro, Filesa, Hormaechea, Ibercorp, Rubio, Roldán, y otros. Fernando Jiménez Sánchez ha estudiado la manera «en que el escándalo político surge y se desarrolla», tratando de averiguar cuáles son las causas y cuáles las maneras que adoptan los escándalos políticos, además de analizar los efectos que éstos tienen sobre los ciudadanos. El autor se ha centrado en tres casos: el primero de ellos en la segunda república (del Straperlo, 1935), el segundo en plena dictadura (MATE-SA, 1969) y el tercero en la monarquía parlamentaria (Juan Guerra, 1990). Son tres casos muy distintos en tres períodos históricos (política y socialmente) diferentes. Jiménez Sánchez considera el escándalo político

como reacción de la opinión pública contra un agente político al que se considera responsable de un abuso de poder o de traición de la confianza en él depositada. El escándalo (fiebre social) sería una forma de control, «un medio a través del cual una sociedad se regula a sí misma y coordina el comportamiento de sus miembros». Pero no ignora Jiménez Sánchez que no es un dispositivo automático sino que lo provocan diversos factores variables, es un «proceso abierto cuyas consecuencias no pueden conocerse a priori». El escándalo estigmatiza al agente político situándolo en una posición moral inferior. Esa erosión es, en cierta medida, una forma —como parece sugerirnos el autor— de deslegitimación, una manera inferior de votación (en el caso de la democracia).

Memoria de la ética, Emilio Lledó. Ed. Taurus, Madrid, 1994.

Emilio Lledó (Sevilla, 1927) es uno de nuestro mayores estudiosos de una de las disciplinas que cada día se hace más insoslayable: la ética. El tema, o la idea central que pone en movimiento a la obra de Aristóteles, es la tensión entre imagen y palabra.

Desde hace más de un cuarto de siglo asistimos al predominio de una cultura de la imagen con toda la simplificación de nuestro universo crítico que ello conlleva: las imágenes informan y distraen, pero difícilmente pueden ocupar el lugar de la palabra y, sobre todo, son más graves cuando se convierten en el único lenguaje al que acceden (y por el que acceden) las nuevas generaciones. Lledó vuelve a los orígenes de nuestra cultura, al mundo griego que supo pensar una ética y una política: la organización de nuestra posible felicidad y la búsqueda del bien entre los otros, la dimensión personal y la colectiva. Aristóteles, de la mano de este virgilio moderno, se hace actual y descubrimos bajo la faz vertiginosa del cambio, lo que permanece.

Lledó nos enseña, de manera indirecta, otra cosa: que sin el pasado no hay verdadero futuro, o dicho más exactamente, presente. Reivindicación de la palabra reflexiva, múltiple, para aprender a mirar. Hay que introducir en nuestros lenguajes, dinámicos pero cada vez, paradójica-

mente, más inmóviles, un verdadero movimiento. En este rastreo de nuestras ideas morales, Lledó se plantea la problemática de la solidaridad, del diálogo, de la comunicación, y para ello apunta algunos caminos para desmascarar las trampas de la «comunicación».

Memoria de la ética es, además, un riguroso estudio de la *Ética* de Aristóteles: no un trabajo de arqueología, sino un ensayo que despierta esta primera meditación sobre el bien y el mal, sobre la solidaridad, la amistad, la generosidad y el egoísmo, en nuestro presente.

La poesía francesa moderna, Antología. Enrique Díez Canedo y Fernando Fortún. Ed. Universos, Gijón, 1994.

José Luis García Martín señala en su nota introductoria a esta reedición de la mítica de 1913 que hay mucho de arqueología en esta antología. Es cierto: es un objeto con valor histórico. En primer lugar porque dejó muchas huellas en la poesía española de principios de siglo; en segundo, porque nos enseña a ver los gustos, caprichos y visiones de la época.

Los artífices de esta antología son Enrique Díez-Canedo (1879-1944) y Fernando Fortún (1890-1914). Díez-Canedo realizó una amplia obra como crítico; Fortún apenas si dejó algunos poemas que todavía merecen ser leídos y situados en su lugar. El valor de este libro es vario: por un lado nos ofrece versiones de la poesía francesa desde Aloysius Bertrand a Georges A. Tounoux (1886) hechas por los antólogos citados y una gran nómina de escritores entre los que destacan Juan Ramón Jiménez, Ricardo Baeza, Pedro Salinas, Pérez de Ayala y Marquina; por el otro, aparte del valor de esas traducciones, hay que señalar las elecciones tanto de los poetas como de los poemas. Creo que esa es una de las lecturas que hay que hacer con algún detalle: este libro está hecho antes de las grandes convulsiones estéticas y morales que significaron las vanguardias y el surrealismo, y por lo tanto, aunque con buen tino, tiene la grandeza y las limitaciones de su

tiempo. En este sentido, esta antología tiene fecha (1913). Pondré algunos ejemplos: el Mallarmé antologado es un digno representante del simbolismo, pero no el autor que iba a fecundar la poesía moderna. No sólo no está *Un coup de dés*, tampoco *Brise marine*, *Don du poème*, o *Le tombeau d'Edgar Poe*. Lo mismo se puede decir de Rimbaud o Gérard de Nerval. Son autores, por decirlo de alguna manera, que todavía no podían leerse con rectitud, y cuya lectura (tomados estos autores de manera simbólica) fundaría la poesía de nuestro siglo. Pero en Francia, por esas fechas, estaba ocurriendo otra cosa; sin embargo no lo adivinaríamos por esta antología, y esto es un dato que hay que pensar. Los antólogos mencionan a Apollinaire, pero no nos dan ningún poema suyo: es un poeta que abre lo que esta antología cierra: *Alcoholes* se publica en 1913. El primer libro de Pierre Reverdy también es de la misma fecha. Y un poco más tarde, un chileno, Vicente Huidobro, no Fortún ni Díez-Canedo, pone fuego a la poesía de lengua española, no para quemarla, sino para verla de otra manera.

Pero esta antología tiene que ver, sobre todo, con lo que cierra: parnasianismo y simbolismo, los movimientos estéticos que hicieron germinar nuestro modernismo. Los autores se basaron, fundamentalmente, en la de Adolphe Van Bever y Paul Léautaud. Algunas de las traducciones son de gran valor: están hechas con buen oído, fidelidad a las formas y búsqueda del poema, sin lo cual no hay traducción. Otra parte, la mayor, está tocada por el tiempo y hoy debemos acudir a otras traducciones más modernas, como es el caso, por poner un sólo ejemplo, de Nerval.

Ojalá la misma editorial se anime y recoja ahora lo que era en 1913 pura inminencia: no el modernismo sino la modernidad. Habría que recurrir a las traducciones hechas tanto por poetas hispanoamericanos como españoles: una antología crítica de la traducción.

J. M.